

mente que seguía diciendo Paulina, me ha sabido á gloria este rato. Es verdad que Gustavo me agrada, pero más me agrada ver rabiarse á esas "ñatas" ridículas. La vieja y sus hijas me querían comer con los ojos, al verme hablar con el alemán; y yo, te lo confieso, exageraba mi amabilidad de propósito para hacerlas sufrir. ¿No observaste cuán amarilla se puso Socorro, cuando en el calor de la conversación, dí á Gustavo un golpecito en el brazo con esta gardenia que traigo en la mano? Pues se puso como de cera: parecía muerta... ; Toma tu desaire!... ; Ya verán lo que les pasa!... No me conocen.

Entretanto, se habían secado las lágrimas de Berta, y permanecía muda y absorba en sus propios pensamientos. Ya sabía por qué había amanecido tan contenta aquella mañana; era que presentía á Julio. ¿Cuán buen mozo era! ; Qué cosas tan delicadas le había dicho! Recordaba que le había manifestado deseo de conocer el Hospicio, y ofrecido que pronto iría á visitarlo y á saludarla. ¿Sería por pura cortesía, ó experimentaría hacia ella de veras alguna inclinación?... No había que consentir en cosas imposibles; era preciso quitarse aquellas ideas de la cabeza, como malos pensamientos, pues no era natural ni imaginable que Grimm pensase en ella; sin embargo, la manera con que la había visto, el temblor

de su voz, aquellas medias palabras.... ; Que fuera lo que Dios quisiese.... ; pero que quisiera que fuese cierto!

Abismada en aquellas reflexiones y recuerdos, se desvanecieron ante sus ojos doña Anastasia, Consuelo y Socorro, el coche y hasta Paulina, y recogida en lo más secreto de su ser, no hacía más que ver unos ojos azules que la miraban intensamente, y oír una voz emocionada que murmuraba su nombre. Cuando paró el carruaje, volvió en sí, y quedó sorprendida al verse en el pórtico del Hospicio.

—Ni una palabra á sor Ignacia, le recomendó Paulina; sería muy humillante. Voy á decirle que no nos quedamos porque tengo jaqueca.

III

San Vicente de Paul

Gran mes para el Hospicio era el de julio, por ser el de la fiesta del santo patrono del establecimiento. Días antes del 19, fecha en que la Iglesia conmemora al fundador de la orden de las hermanas de la Caridad, comenzaba grande y nunca visto trajín en la casa, se hacían preparativos en escala colosal, había ir y venir de objetos y personas, y se observa

ban una animación y una alegría tales por el vasto recinto, que á gritos iban pregonando el piadoso entusiasmo de las religiosas y de los pobres. Adornábanse las columnas del pórtico y de los patios con lazos de hojas de fresno formando espirales, y las arquerías, con lucidos y verdes festones; y se suspendían aquí y allá de los techos, bandas vistosas de papel, que se unían á un centro común en las macizas vigas, ó banderolas y flámulas de brillantes cuarteles, que ondeaban formando escudo en las entradas de los departamentos. Solamente aquel día, el de Corpus Christi y el Jueves Santo, extendíanse sobre los muros de la Capilla las elegantes colgaduras que se guardaban durante todo el año; solamente ese día se ostentaba pendiente de la linternilla, un rico pabellón de terciopelo carmesí, franjeado de oro que, dividiéndose en anchas y largas bandas hacia las pechinas, se recogía en la parte baja de las pilastras con gruesos cordones de oro terminados por pesadas borlas; solamente ese día suspendíanse de las altas bóvedas numerosos gallardetes de colores, que casi ocultaban las bóvedas y daban al místico lugar, aspecto elegante y jubiloso. Sacábanse entónces de las altas y ventradas cómodas de la sacristía, los más ricos ornamentos, los manteles de más fina batista, trabajados por manos delicadas, el misal más dora-

do y de pasta más bien trabajada, y los vasos sagrados más costosos y mejor cincelados. Para cubrir la desnudez del entarimado, extendíase roja alfombra por el pavimento, y en las cuatro naves convergentes de la capilla, alineábanse bancos y sillas para comodidad de los fieles y ornato y gala del lugar. Y, sobre todo, para coronar la fiesta, era expuesto el Santísimo Sacramento en el esbelto y dorado templete del altar mayor, dentro de la rica custodia de oro macizo, ornada de piedras preciosas y con resplandor enorme, que el santo Obispo Cabañas había legado á la casa con regia munificencia. En torno del relicario sacrosanto, en cuyo centro, al través de diáfano y puro cristal, resaltaba la blancura inmaculada de la Santa Forma, ardían brillantes y multiplicados blandones, símbolo de la fe, el amor y la adoración de aquel pueblo creyente y desdichado. Las misas que con aquella ocasión se celebraban, eran cantadas por obispos, cuando se podía, ó al menos, por canónigos de alto renombre, y amenizadas por las mejores voces de Fópoli y por la orquesta más rumbosa que podía congregarse y dirigir don Teodomiro Gómez y Pérez.

Pocos días después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, tuvo lugar aquel año la fiesta de San Vicente, y el número principal del progra-

ma de aquella hermosa solemnidad, consistió en una misa con sermón y música selecta, que "se estuvo diciendo" en la capilla, desde las nueve de la mañana hasta bien pasadas las doce del día, y á la cual asistieron las familias principales de Fópoli. No dejó de estar presente á ella, por su puesto, la familia "de" Dena, la cual llegó desde temprano, en compañía de Grimm y Schultze, para alcanzar lugar en sitios delanteros. Berta y Paulina, que, unidas á sor Marcelina, habían recibido el encargo de atender á los invitados, dieron la bienvenida á tan encopetadas personas; y, aunque es de presumir no hubiese la mejor voluntad para tributarse amabilidades por un lado ni por otro, pasaron las cosas de la mejor manera posible, dadas las circunstancias y el lugar donde se efectuaba el encuentro. Madre é hijas desplegaron una altivez digna de cualquier dinastía europea, frente á las pobres huérfanas; pero Paulina no les fué en zaga, ni por lo severo de la actitud, ni por la elevación de la frente, ni por la sequedad de las palabras. Berta, por su parte, no salió de su paso ni por esas, pues se manifestó siempre atenta y moderada; sólo que palideció un poco á la vista de ellas y de Julio. Este tuvo sonrisas muy corteses y amables para la joven, y Schultze y Prudenciano extremaron sus atenciones hacia Paulina.

La función fué soberbia por todo, y principalmente por la orquesta, que agradó mucho. Desde el lugar donde se encontraban colocados los músicos, que era el coro de la entrada principal, dominábase perfectamente la nave ocupada por los invitados; así que éstos pudieron gozar cuanto quisieron de la vista del grupo formado por los artistas, y principalmente de la de don Teodomiro, quien en pie al frente de dicho grupo, y dando rostro al altar mayor, manejaba la batuta con extraordinario entusiasmo, mantenía una disciplina y un orden estrictos en su hueste, y daba mucho que reír á la concurrencia con sus visajes y contorsiones harto exagerados. Joaquín, á su vez, podía ver desde su asiento aquella parte de la capilla donde se ostentaba lo más granado y elegante de la sociedad fopolitana; pero no era eso ciertamente lo que más llamaba su atención, sino la hermosa y dulce figura de Berta, quien, ya cruzando de un lado para otro, antes de comenzar la función, ó bien arrodillada cerca del altar mayor, cuando dió principio la misa, era el imán poderoso y punto único y objetivo de sus miradas y pensamientos. Sus ojos penetrantes de enamorado no dejaron de observar la exquisita figura de Grimm para ella, ni la amabilidad de ésta para él; ni durante la misa, pasaron inadvertidas para sus celos, las frecuentes ojeadas que lanzaba el alemán

al sitio donde se hallaba la joven. Y aun le pareció observar que ésta, so pretexto de arreglar el traje ó de hablar con alguna persona arrodillada á su espalda, volvía alguna vez el rostro hacia Julio para bañarle con las suaves y codiciadas miradas de sus ojos. ¿Había sido ilusión la suya? ¿Tenían fundamento sus sospechas?... Joaquín se devanaba los sesos pensando estas y otras tristísimas cosas.

El predicador que ocupó el púlpito después del Evangelio, joven canónigo de sotana morada y fina sobrepeleliz de transparentes tules, pronunció un sermón muy elocuente y conmovedor. Trazó á grandes razgos la biografía de San Vicente: niño, pobre y pastor de ovejas en sus mocedades, cautivo después en Africa, donde aprovechó hasta su cautiverio para volver al redil á los apóstatas y renegados; corazón inflamado por un amor inmenso al prójimo, que le llevó hasta trocar su libertad por las esposas y los grillos de un galeote; y, sobre todo, fundador de la institución de las Hermanas de la Caridad y de la primera casa de expositos que hubo en el mundo. Su larga vida de nonagenario fué consagrada á todos los infelices, desde los huérfanos hasta los forzados, pues á todos los abrazó en la misma caricia amorosa, á todos los estrechó contra el corazón y para todos tuvo dádivas y consuelos. Su alma,

como fuente de aguas claras y frescas, corrió por los desiertos del mundo formando oasis de sombra y descanso, donde encontraron abrigo los peregrinos de la vida, los que caminan descalzos y con los pies desangrados, los que padecen hambre, los que son devorados por la sed. Una explosión de amor y llanto hubo en torno de su féretro cuando murió. Acompañaronle al sepulcro las bendiciones de los desgraciados, y salieron al cielo á recibirle las almas de las viudas, de los mendigos y de los huérfanos, á quienes salvó de la miseria y de la muerte. "¡Pero San Vicente de Paul no ha muerto, gritaba el predicador; continúa viviendo en su obra! Las instituciones que crió, se mantienen en pie al través de los siglos, y son solicitadas y bendecidas hasta por los mismos infieles. Los menesterosos á quienes impartió protección, no han quedado abandonados; el amor tutelar de aquel arcángel poderoso, los cubre todavía con sus alas. La falange de mujeres fuertes, disciplinada por él y por Luisa de Marillac, es legítima heredera de su sublime espíritu, y hoy, como entonces, capaz de los mayores sacrificios y de los más penosos renunciamientos por llevar el consuelo á las almas doloridas." Aquella santa casa, albergue de los desheredados de la suerte, siguió diciendo el orador, era la mejor prueba que pudiera darse de que

San Vicente de Paul seguía proyectando su sombra colosal sobre la tierra. “¡Bendito él mil veces, había dicho para concluir, por su caridad, reflejo del amor de Jesús á los pobres y á los niños, y benditas también sus santas hijas, que dejan patria, familia, bienestar, por alistarse bajo la bandera de la piedad y la misericordia!.....”

A la Elevación, cuando calló la orquesta, y en medio de un silencio patético, sonó la campanilla, y nubes de incienso subieron hasta la cúpula, y el sacerdote de cabeza como la nieve y casulla esplendente de brocado y oro, levantó en las trémulas manos, la blanca Hostia, que parecía una estrella, y el áureo copón que contenía la sangre del Cordero; Berta, humillando la frente hasta el suelo, hizo fervientes súplicas, diciendo:

—Señor Todopoderoso, te amo sobre todas las cosas y vivo reconocida á tu infinita bondad, porque habiendo sido huérfana y expósita, me libraste de la muerte y la desdicha para darme abrigo en esta casa de Caridad, donde he encontrado, no sólo el pan que alimenta el cuerpo, sino también el alimento del alma, que es tu santa doctrina, y el alimento del corazón, que es el amor de los buenos. Imploro tu protección, ahora como siempre, para que traces mi senda por la vida con tu dedo omnipotente, y me llesves

de la mano por el camino del bien, y mis pasos no se extravíen en las tinieblas, y mi alma no se abisme en las congojas del infortunio.

Y como niño refugiado en el regazo materno, abrió aquella pobre niña el corazón “á nuestro Padre que está en los cielos,” contándole sus nacientes ilusiones, su inclinación hacia un hombre hermoso y bueno, cuya palabra había sonado en sus oídos como blanda música nunca antes escuchada. ¿Cuáles serían los sentimientos de aquel corazón para ella? ¿Habría encendido la infinita bondad, la llama del cariño á un mismo tiempo en ambos corazones? ¿O debería ella sofocar aquella simpatía en sus albores, porque no era digna de tanta dicha, y porque aquella otra alma, que juzgaba gemela de la suya, volaba fuera de su órbita y tendía las alas hacia opuestos destinos? Al pensar que así pudiera suceder, se affigió intensamente, porque hallaba muy amargo tener que renunciar á esperanzas que le eran tan caras; pero al mismo tiempo, resignábase desde ahora á obedecer las disposiciones de lo Alto, cualesquiera que fuesen y por más dolorosas que le parecieran. Pero su alma juvenil siguió volando por los espacios sidéreos, y se complació en figurarse que la Suma Bondad llegaría á otorgarle el galardón de aquel amor tan poético. Una circunstancia, con

todo, alarmaba su sencilla conciencia. Acaso el alemán no profesaba la misma fe que ella. Siendo así, no quería ni debía unirse á quien no tuviese sus mismos anhelos y esperanzas de ultratumba, ni debía enlazarse á quien pudiese estorbar sus prácticas piadosas y no viese los objetos de su culto con el respeto y la veneración que á ella le inspiraban; pero Dios, que era tan grande y bueno, podía otorgarle, si quería, hasta la gracia de atraer al redil aquella alma descarriada y hacer que el rebaño de Jesús contase en ella con un nuevo cordero. Mas para todo eso, se necesitaba hacer mucha oración, y Berta oraba sin descanso y con edificante fervor para mover á su favor la gracia divina. ¡Oh alma sencilla y pura!

Con eso, la orquesta, que había estado silenciosa, volvió á elevar el coro imponente de sus voces, y á la vez que los pensamientos de Berta continuaban fluctuando entre el amor divino y el humano, prosiguieron desarrollándose las ceremonias del santo rito, con mística solemnidad, hasta que, en medio del recogimiento de todos, llegó el momento de la bendición y de la acción de gracias.

Mas hé aquí que al concluir la misa, sobrevino un incidente casual, que estuvo á punto de ser grave. Cuando comenzaba la desbandada del gentío con esa prisa inmotivada que en tales casos y en don-

de quiera se observa; en medio de la corriente impetuosa que quería salir de una sola vez y se estorbaba á sí misma, cayó por acaso un candelabro cuajado de cirios, que se erigía sobre alta columna, y antes de llegar al suelo, prendió fuego de paso, á los adornos de papel que le rodeaban; de ellos se comunicó la llama á unos lazos de crespón que estaban próximos, y bien pronto cundió por todos los papeles y telas que se hallaban en contacto. Sonaron voces de alarma, y tan pronto como se oyó la palabra ¡fuego!, la impaciencia de la marcha se convirtió en fuga precipitada y ciega. De pronto, nadie pensó en acudir al remedio, sino sólo en ponerse en cobro, y las puertas de la capilla, obstruidas por la aglomeración de la ansiosa muchedumbre, se hicieron casi infranqueables. Hubo un instante en que el grito del instinto: "¡sálvese quien pueda!", cada cual vió por su propia salud y se olvidó de los demás, como suele siempre suceder en circunstancias peligrosas.

Berta, sin embargo, no se dejó llevar por la corriente; sino antes bien, tan pronto como apareció el riesgo, se acordó de su pobre amiga Virginia, que se hallaba en el centro de la iglesia y no podía ver ni salvarse por sí misma; y, en vez de correr á la salida como todos, se internó por lo más estrecho y apretado

del gentío, volando en busca de la ciega. Esta en tanto, abandonada á sí misma y sin saber á punto fijo lo que pasaba, iba al acaso, de una parte para otra, embarranzando el paso de los que huían, y sufriendo golpes y atropellos. Entretanto, crecía la alarma y se oían gritos de mujeres y llanto de chiquillos; y los asientos derribados y echados de través por las calles de tránsito, impedían la circulación y aumentaban el desorden; y era todo dentro del sagrado recinto, ciega confusión y angustia estrepitosa. Pero cuando menos lo esperaba la pobre ciega, sintió que suaves manos se posaban en las suyas, y oyó una dulce voz que murmuraba cariñosamente á su oído:

—Por aquí, Virgen, ven conmigo.

—¡Berta! ¡Berta! exclamó conmovida la ciega. ¿Qué pasa? ¿Por qué gritan?

—Poca cosa; ya te lo diré, ven pronto.

Pasados los primeros instantes de aturdimiento, varios caballeros acudieron á los sitios peligrosos á cortar el incendio, y entre ellos, Joaquín y José. Era preciso impedir que las colgaduras, el pabellón y los gallardetes ardiesen, pues en llegando á caer sobre el pavimento pedazos inflamados de aquellas telas gruesas y pesadas, pondrían fuego á la alfombra, al entarimado y á la sillería, y se convertiría el accidente en un verdadero desastre. Por fortuna los crespones y papeles, único

combustible devorado por el fuego, habían levantado llamas efímeras y esparcido resíduos muy cortos y ligeros de materia inflamada; de suerte que el fuego había cundido débilmente por este ó aquel tramo de tapiz. Para atajarlo, bastó romper algunos lazos de trapo, cortar algunas cuerdas delgadas y poner el pie sobre algunos fragmentos inflamados, obra sencilla y de unos cuantos minutos; pero eso no impidió que la iglesia quedase en un santiamén hedionda á telas quemadas, llena de humo, despojada de sus galas y ornamentos, y sembrada de muebles derribados, como si ahí hubiera sido Troya.

Quando sor Ignacia y las otras hermanas, que oraban en el coro, hubieron bajado y lograron entrar en la capilla, todo había concluído ya. Una vez cortado el incendio, se había restablecido la calma, había quedado la iglesia casi desierta, y, salvo una ú otra falda ó cabellera chamuscadas, ó este ó aquel miembro estropeado, no había habido desgracia que lamentar. Las hermanas llegaron á tiempo; no obstante, para ver el tierno grupo formado por Berta y Virginia, que caminaban á la zaga de todos, venciendo las dificultades que ofrecían el no ver de la una y las barricadas de asientos derribados que estorbaban el paso de las dos; tras ellas venían Joaquín y José, que no

habían podido distinguir las pronto en medio del tumulto, pero que, á fuerza de buscarlas entre la humareda, habían acabado por reunirseles cuando ya salían á la puerta.

—¿Qué te pasó, Berta? preguntó Joaquín ansioso.

—Nada, repuso la huérfana; bendito sea Dios.

—¿No te tocó el fuego? ¿no se te ha quemado el traje?

—Ni una ni otra cosa: mira, contestó la interpelada, apartando las manos para mostrar todo el cuerpo.

En efecto, estaba ilesa.

—Mil gracias, prosiguió Berta.

—¿Por qué tardaste tanto en salir? insistió Joaquín. Han sido ustedes las últimas en dejar la capilla.

—Fuí á buscar á Virginia para guiarla, contestó Berta con naturalidad.

Al oír la respuesta, quedó el joven como deslumbrado por la sencilla refulgencia de aquella alma, y experimentó vivo impulso de arrodillarse ante la joven y besarle las manos; mas no siéndole dado entregarse á tan dulce expansión, se limitó á envolverla en mirada tal de admiración y ternura, que ésta se sintió como cercada por un relámpago de luz y fuego.

Entretanto murmuraba José al oído de Virginia:

—¿No te pasó nada, Virgen?
—Creo que no, repuso la ciega, porque nada me duele. ¿No tengo quemado el traje?

—Está intacto; parece milagro. ¡Qué susto tan grande he tenido por tí!

—¡Cuán bueno eres!

—Te busqué por todas partes, pero el humo no me dejaba ver.... hasta que Joaquín y yo apagamos los trapos y papeles quemados.

—Pero ¿por qué te preocupas por mí?

—Ya sabes por qué.

—¿Luego es cierto?

—Dios bien lo sabe.

Cuando Berta fijó los ojos en ellos, se sintió conmovida al mirar la apasionada expresión de sus rostros.

Aquel día, al concluir el refectório, impuso sor Ignacia silencio á las mesas, y levantando la voz, dijo:

—Niñas mías, esta mañana, á la hora del peligro, cuando se inició el incendio en la capilla, sucedió algo que no debe pasar en silencio. En medio del susto y la confusión, cada quien pensó en sí mismo y en la manera de salvarse, olvidándose de los demás. Tengo, sin embargo, la satisfacción de reconocer que no todo fué ahí ceguedad y egoísmo, pues hubo quien manifestase caridad y abnegación. El rasgo á que me refiero, debe servir de en-

señanza y ejemplo, no solamente á los asilados, sino también á nosotras, las religiosas que dirigimos el establecimiento, Virginia, á quien Dios ha privado del beneficio de la vista, había quedado abandonada entre la multitud, y nadie se acordaba de ella; sólo Berta, desafiando el peligro y sin atender á su propia conservación, pensó en su amiga, fué á buscarla por todas partes, y la sacó de en medio del fuego. Hechos como este, merecen el aplauso y el respeto de todos; por mi parte, soy la primera en expresar mi admiración á Berta por su bello comportamiento. No echemos en olvido este ejemplo para otra ocasión.

Mientras duraba la plática, roja y confusa Berta, no sabía dónde poner los ojos, y hubiera querido desaparecer del lugar como por ensalmo. Según ella, no merecía elogio lo que acababa de hacer, pues era la cosa más natural del mundo; así que, cuando se volvieron todos á verla, protestó con ademanes y voces semiarticuladas que aquello no valía la pena; pero, no obstante su resistencia, estalló en el rectorio un grito unánime y espontáneo de

—¡Viva Berta!

Para terminar la escena, vinieron las hermanas, una á una, encabezadas por sor Ignacia, á abrazar y besar en la frente á la joven; pero lo que más satisfizo á

ésta, fué sentir los brazos de Virginia en torno de su cuello, y las lágrimas de aquellos ojos sin luz mojar sus mejillas, y la voz de la ciega murmurarle al oído:

—¡Cuánto te quiero, Berta! ¡Dios te lo pague! ¡Cuán buena eres!

IV

Tiernas escaramuzas.

La belleza, el talento y la dulzura de Berta, habían producido hondo efecto en el ánimo de Julio, quien, desde el punto y hora en que la conoció, no dejó de pensar en ella con infame embeleso. Roto con su venida á Fópoli, el encanto enteramente de circunstancias que Consuelo había ejercido sobre él en Colima, hallaba ya á la joven "de" Dena muy inferior á lo que le había parecido en aquella lejana comarca, y al lado de Berta, sobre todo, la veía no sólo retroceder al segundo término del cuadro, sino perderse y esfumarse en brumosa y triste lejanía. A no ser por las indicaciones galantes hechas á Consuelo, habría presentado á Berta su candidatura desde luego, y hablado con sor Ignacia de sus honradas intenciones; pero escrúpulos de nimia caballerosidad le encadenaban á su malhadada conquista, y no